

## RESEÑAS DE LIBROS

Khalil Rinnawi, *Instant Nationalism*, Oxford, University Press of America, 2006, 194 pp.

Una revolución, a la vez silenciosa y estridente, está ocurriendo en los medios de información árabes. Posee un nuevo estilo de discurso y referencias que superan y eluden las limitaciones impuestas por las censuras gubernamentales. Al Jazeera es el principal actor y personaje de esta revolución. Se trata de una red emisora que goza de amplias libertades conferidas por Qatar, emirato árabe que se distingue por su política exterior independiente, que hoy incluye francas relaciones con Israel. En los últimos meses, las audiencias de este medio se han multiplicado merced a la decisión de transmitir información, comerciales y entrevistas en inglés, circunstancia que coloca a Al Jazeera a la altura de las estaciones norteamericanas y británicas que operan en la región.

Khalil Rinnawi, académico israelí de origen árabe-cristiano, pone aquí de relieve la importancia de este viraje y propone una tesis que aún debe ser corroborada: esta emisora transnacional está gestando un nuevo género de nacionalismo árabe divorciado de los símbolos y de las narrativas tradicionales. Y en general: el surgimiento de medios de comunicación transnacionales trae consigo cambios no sólo en las esferas del comercio y la tecnología, sino en la cultura política y en los ritmos de secularización. Se estaría gestando, así, un *habermasiano* espacio público que el autor denomina “Macarabismo”, por sus afinidades con la “macdonaldización” globalizadora.

Rinnawi es investigador en El Colegio de Administración Pública de Tel Aviv. Gracias a su identidad académica y étnica, cuenta con la posibilidad de transitar holgadamente por los países árabes y recoger la información que precisa. El texto es el resultado de estas andanzas, a las que se suman la consulta a teóricos y estudiosos familiarizados con el tema. En este marco presenta un análisis pormenorizado —aunque a veces repe-

titivo— de las redes árabes de comunicación de masas, con particular acento en el caso especial de Al Jazeera.

Y en verdad el espacio del Medio Oriente se ve invadido por ondas radiales y satelitales que ofrecen un amplio abanico de estímulos e información, tanto política como comercial. En contraste con CNN, BBC, Star TV y otras fuentes occidentales que alientan, al menos oblicuamente, múltiples modalidades del colonialismo cultural, las emisoras locales suscitan menos suspicacia y ofrecen la posibilidad de ponderar los contenidos con diversas fuentes. Las repercusiones se amplifican cuando las fuentes logran superar o moderar las limitaciones y censuras establecidas por los gobiernos. Tal es el caso de las redes transnacionales árabes como Al Jazeera, Abu Dhabi TV, Al Manar y ANN.

Los datos que sostienen la investigación fluyen de entrevistas a los dueños y al elenco profesional de estas redes televisivas. El autor excluye a Israel, Turquía e Irán pues, obviamente, no forman parte del universo árabe, pero no descuida a las audiencias palestinas. El primer capítulo aborda el papel de las comunicaciones de masa en la ruptura relativa de las sociedades tradicionales y la gravitación mediática de la cultura capitalista y occidental. Ciertamente, el contrapunto informativo es hoy más complejo que en el pasado, pues símbolos, lenguaje y personajes constituyen una densa trama que mezcla antiguos actores y guiones coloniales con emergentes aspiraciones subversivas.

El siguiente capítulo hace hincapié en el hecho de que la multiplicación de fuentes emisoras complica y amplía las resonancias culturales. No sólo los árabes en sus respectivos países acogen este efecto, también lo hacen las diásporas que se domicilian en países occidentales. Y algo más: la globalización afecta no sólo a las sociedades en desarrollo, ejerce un ascendiente plural y ramificado al interior de los países industriales. Las secuelas contestatarias que trae consigo esta pluralidad de los medios de información son más profundas de lo que ordinariamente se postula.

Como se adelantó, la tesis rectora del autor consigna que la globalización debilita las estructuras de los Estados árabes y que el imperio de la comunicación satelital acarrea un nuevo

tipo de regionalismo nacionalista, que denomina “macnacionalismo” por su carácter instantáneo pero duradero. Juzga que en lugar del *jihad* tribal de las tendencias fundamentalistas que florecen a contragolpe de las incursiones imperiales, toma cuerpo un regionalismo cultural que se propaga y retroalimenta a través de los medios electrónicos de comunicación.

Rinnawi acude a la noción de “comunidad imaginaria”, propuesta por B. Anderson, que englobaría en este caso tanto a los árabes dentro de sus naciones como a sus diásporas en Europa, Estados Unidos y América Latina. El lenguaje televisivo ilumina nuevos tipos de solidaridad y abre cauce a símbolos que guardan cierta afinidad con los tradicionales. Las dimensiones espacio-temporales se alteran en buena medida. Se gesta así la sensación de una gran nación forjada por las ilusiones cuasi realistas creadas por los medios. Los canales informativos procuran soslayar la censura gubernamental, no por deslealtad política sino para competir libremente en los mercados. La libertad informativa se convierte así en un imperativo comercial. Sobrevive aquella fuente que tiene la osadía de plantear y discutir nuevas ideas y perspectivas. Este regionalismo imaginario disimula con eficacia las diferencias reales que existen entre los países árabes, particularmente respecto de Israel (como se sabe, Egipto y Jordania han suscrito acuerdos de paz con este país), aunque las posturas respecto de Estados Unidos y la administración republicana son ácidamente críticas.

Este regionalismo árabe se manifiesta de múltiples maneras. Una de ellas es la intensificación de la identidad colectiva árabe a través de informaciones que crean una agenda pública mancomunada sin esconder tensiones internas apenas confesadas por las fuentes locales. Por lo demás, los dialectos locales y el tiempo libre se ajustan a un lenguaje común de entretenimientos y formas lingüísticas, fomentando una unidad que en rigor es más imaginaria que real.

Para entender mejor estos procesos, el autor refiere la evolución de los medios de comunicación árabes desde los años veinte. Las primeras radiodifusoras se fundaron en Egipto. Debido a la escasez de aparatos de recepción, los radioescuchas se reunían en bares y clubes para oír las noticias. Uno de los políticos que supo aprovechar la radio con fines proselitistas

fue, sin duda, Abd-al-Nasser. Desde entonces, la teoría de “los tres círculos revolucionarios” (Egipto, la entidad árabe y el universo musulmán) se manifiesta en el Medio Oriente con acentos dispares.

La primera estación televisiva se creó en Bagdad en 1956, le siguió la saudita y a Israel llegó hasta 1966; desde entonces, la televisión se propagó rápidamente. En la década de 1990, en los países árabes había al menos un aparato de televisión por cada dos ciudadanos (p. 27).

Los canales de televisión colocan el acento en la noticia política, los comerciales y las telenovelas (muchas de ellas de factura mexicana), así como en la prédica religiosa, particularmente los viernes. Pero no siempre los gobiernos logran reducir la dosis de violencia verbal y física de estos programas, ni la difusión de productos occidentales ni de mensajes francamente cristianos (p. 32).

El autor señala que Londres es —paradójicamente— uno de los centros principales de irradiación de los mensajes radicales y televisivos árabes que surcan toda la región. Un avance cualitativo se verifica en 1996, cuando Qatar toma la iniciativa de fundar un medio televisivo transnacional: Al Jazeera. Al principio, sus mensajes controversiales fueron recibidos con estupor; pero poco tiempo después, con entusiasmo. Como si el debate público y sin cortapisas de problemas comunes —desde el subdesarrollo económico hasta el conflicto palestino— fuera una necesidad ampliamente compartida. Los programas occidentales, por caros y unilaterales, tendieron a declinar a favor de los regionales, con acentuada preferencia por la filmoteca egipcia.

La aparición de redes televisivas independientes permitió la revelación de noticias cerradas en algunos países (como las afinidades estratégicas de la Jordania hashemita con el gobierno israelí) e incluso la presentación de mesas redondas donde aparecían mujeres exigiendo sus derechos de género o articulando ideas opuestas a las dominantes. Entre estas fuentes televisivas, Al Jazeera posee un mayor ascendiente porque ofrece material de controversia y pluralidad de puntos de vista que entusiasman a los sectores medios (p. 94). En estas circunstancias, los gobiernos apenas aciertan en imponer límites a la noti-

cia. Pero es honesto subrayar: el gobierno de Qatar le permite libertades en la medida en que la estación no pone en tela de juicio las decisiones internas de este emirato.

Al Jazeera fue una de las primeras estaciones que transmitió entrevistas a Bin Laden. Él y sus partidarios aún usan este canal para difundir sus mensajes. Naturalmente, el equipo profesional de la red no ahorra sus críticas. Pero ofrece estas figuras y contenidos controversiales para exhibir su apertura y, a la vez, ganar audiencias.

Cabe aclarar: los impactos de estas redes televisivas transnacionales son polivalentes. Por un lado, cuidan los valores de la religión musulmana y las tradiciones familiares y tribales; por el otro, no evaden la discusión abierta de las mismas. Como en los países capitalistas, el *rating* y la demanda de las audiencias presiden la elección de los temas.

A pesar de estas limitaciones, los impactos de la televisión transnacional profundizan la secularización relativa de la sociedad árabe. En contraste con las redes nacionales que ponen un acento casi excluyente en los valores musulmanes y en la ética puritana, la red regional se permite presentar comerciales, puntos de vista y material gráfico atrevidamente adversos a las costumbres tradicionales. Tendencia que es recibida con entusiasmo por las clases medias y las jóvenes generaciones. Sin embargo, el juego es delicado: el carácter básico del Islam se preserva a través de películas y documentales que muestran personajes e incidentes importantes en su historia. Asimismo, los acontecimientos ligados con Jerusalén son resaltados, en particular los contenidos religiosos de la sublevación palestina contra Israel.

El autor hace hincapié en que Al Jazeera y redes similares crean *un espacio público*, es decir, un lugar de encuentro entre los gobiernos y la sociedad civil donde se ventilan asuntos políticos y culturales. Una novedad sin duda en la sociedad árabe, acaso con la excepción de El Líbano. Obviamente, estos efectos se multiplican con la ampliación de los servicios de internet que ningún gobierno es capaz de cancelar herméticamente. Así las cosas, grupos que apenas han logrado expresión en la esfera pública (como las mujeres y las minorías étnicas), tienen hoy la oportunidad de manifestar sus problemas y reclamaciones.

Estas nuevas redes de información gravitan ciertamente en la percepción de las causas y repercusiones del conflicto árabe-israelí. En contraste con las opiniones parciales que ofrecen las fuentes gubernamentales, Al Jazeera no tiene reservas en invitar a políticos israelíes (como Barak y Netanياهو) a exponer opiniones y perspectivas. Circunstancia que fomenta un entendimiento *virtual* entre israelíes y árabes, o al menos un mejor conocimiento de los términos del conflicto. Incluso la vida interna de la sociedad israelí —incluyendo la postura formalmente equitativa de los israelíes de origen árabe— se conoce ahora con mayor claridad. Algunos estereotipos se desvanecen, al menos parcialmente. Incluso ha ocurrido que incidentes en Israel —como actos terroristas o situaciones embarazosas de políticos israelíes— se dan a conocer antes y con más pormenores en Al Jazeera que en los medios israelíes, pues esta red cuenta con voceros en Israel que transmiten en vivo y con admirable agilidad acontecimientos que interesan a amplios sectores de la sociedad árabe.

Sin embargo, esta normalización “virtual” de la percepción del conflicto árabe-israelí no implica necesariamente un entendimiento que conduzca a la paz. También se registra el efecto contrario: el apoyo norteamericano a Israel, la colonización de las tierras ocupadas, los obstáculos a palestinos que aspiran a trabajar en Israel y otros hechos que ofenden hondamente a la opinión pública árabe en el plano transnacional.

Por otra parte, la exposición más amplia de asuntos políticos no conduce necesariamente a una cálida identificación con los intereses nacionales. Por el contrario, la suspicacia y el escepticismo se generalizan. No sólo los aciertos de los políticos se consignan, sino también sus descarríos. La distancia entre las élites dominantes y los grupos marginados aumenta, tendencia que puede traer consigo insurgencias internas.

En suma, según Rinnawi, las redes emergentes de televisión regional adoptan el modelo turco contemporáneo, es decir, informar con amplitud los asuntos públicos e internacionales, acelerar la modernización y la secularización de la sociedad civil, sin lesionar el carácter musulmán y las normas éticas prevalecientes (p. 149).

El texto tiene valor tanto para el estudio de la esfera pública, según los términos de Habermas, como para la investigación

comparativa de los procesos de modernización y el papel de las redes informáticas en el aceleramiento y modelación de los mismos, y en los cambios que tienen lugar en el Medio Oriente. Vale la pena consultarlo.

JOSEPH HODARA  
*Bar Ilan University, Israel*

Renato Rosaldo (comp.), *Cultural Citizenship in Island Southeast Asia: Nation and Belonging in the Hinterlands*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 2003, 228 pp.

*Cultural Citizenship in Island Southeast Asia* es una recopilación de artículos realizada por el antropólogo Renato Rosaldo y dedicados a las poblaciones del Sureste de Asia insular, que en algún sentido son marginales al proyecto cultural de nación. Rosaldo nos recuerda que el concepto de ciudadanía cultural surge a raíz de las discusiones teóricas en torno de las investigaciones sobre las poblaciones latinas en Estados Unidos, tema con el que dicho antropólogo está estrechamente identificado. Esta compilación amplía el concepto a otra de las áreas geográficas donde Rosaldo ha llevado a cabo investigaciones y sobre la cual escribió un estudio seminal en los inicios de su carrera académica, a saber, el Sureste de Asia insular. Los artículos del libro están relacionados más bien en forma general y, por tanto, no representan un enfoque único y consistente sobre lo que constituye la "ciudadanía cultural". En forma más bien deliberada, los artículos tampoco pretenden representar la totalidad de este fenómeno en el Sureste de Asia insular. Antes bien, los seis estudios antropológicos nos ofrecen una serie de visiones instantáneas, cada una teóricamente sutil y sugestiva a su manera, que muestran diversas formas en que el término ciudadanía cultural podría ser aplicado de forma fructífera.

Algunos artículos hacen referencia al concepto de Benedict Anderson relativo a la nación como una comunidad imaginada. Dichos artículos reconocen la utilidad del concepto en ciertos contextos, pero también consideran necesario un mayor

reconocimiento a los elementos de la entidad política que son marginales a la comunidad imaginada y a su *telos*.

En cierta forma me desconcierta la afirmación de Rosaldo que aparece en la introducción en el sentido de que “en los contextos latinos, el término *cultural* implica la gama de reclamos de los ciudadanos (especialmente los grupos subordinados debido a cuestiones de raza, género y clase social) contra el Estado. Tales reclamos deben entenderse desde el punto de vista de su calidad de sujetos subordinados”. Éste no es un uso del término “cultural” con el que yo esté familiarizado y, salvo el artículo de Kuipers que se refiere a las tradiciones de la poesía oral, los estudios de este volumen no tratan específicamente de la ciudadanía tal como se expresa en lo que yo consideraría términos culturales. No obstante, el principio subyacente del libro tal vez lo constituya el hecho de que los autores se centran en situaciones en que las divisiones culturales son notables. En este caso, la ciudadanía no es insensible, como podríamos suponer idealmente, a dichas divisiones. Tal como se utiliza en el libro, y de acuerdo con las palabras de Rosaldo, el término ciudadanía “abarca desde los derechos formales de los ciudadanos en relación con el Estado, como el sufragio, por ejemplo, hasta aspectos más coloquiales o vernáculos, como los relativos a la distinción entre ciudadanos de primera y segunda clase o el deseo de reconocimiento como miembro pleno de un grupo”. Esto significa que el término se utiliza para sugerir no solamente una personalidad legal, sino la posibilidad de una participación activa en una sociedad forjada por las bases vigentes del Estado y de las instituciones nacionales.

De los seis artículos que conforman el libro, dos se refieren a áreas musulmanas del sur de Filipinas, uno concierne al Borneo malasio y tres de ellos atañen a Indonesia: Sulawesi (Célebes), Sumba y el Borneo indonesio. La obra se inicia con textos que se centran en la identidad étnica en relación con la nación, de modo que el lector comienza a pensar en “la ciudadanía cultural” en estos términos. No obstante, el libro continúa explorando el concepto de diversas maneras, en situaciones donde las fronteras étnicas se entrecruzan, pero donde el aspecto clave es otro: el alcance de las *percepciones* de una controversia sobre la tala de árboles, la *historiografía* de la revolución indonesia en su

relación con las poblaciones marginales, las tradiciones de versos orales como comentarios a las obras del Estado y las percepciones sobre las noticias transmitidas en áreas remotas.

Patricia Horvatich analiza la posición de los hablantes de sinama, del sur de Filipinas. Expone la manera en que un sentido de identidad de grupo que está apareciendo entre ellos coincide con su posición frente al Estado filipino y a sus vecinos más dominantes, los taurug. De este modo, a pesar de que los sinama, al igual que los taurug, son musulmanes, su temor de la dominación por parte de este grupo ha provocado que sean cautelosos ante la identidad panislámica. El artículo de Lanfranco Blanchetti-Revelli pone en un contexto más amplio este tema al exponer la trayectoria histórica de la política de identidad islámica del sur de Filipinas. El autor muestra la forma como un término originalmente peyorativo, “moro”, fue adoptado por los movimientos independentistas de varios grupos étnicos, quienes, no obstante ser musulmanes, deseaban utilizar un término que los distinguiera de los musulmanes de otros países. Este discurso contrasta con la designación de “musulmanes filipinos” usada por las autoridades actuales con el fin de promover la idea de la identidad musulmana en el contexto del Estado filipino.

El artículo de J. Peter Brosius, aunque no atañe a la política de identidad, se refiere, en forma similar, a un lugar polémico en la actualidad: la región de los penan, que ha desatado una controversia ambiental. Los penan se volvieron famosos internacionalmente, en parte a causa de la publicidad que rodeó a un artista y activista suizo, Bruno Manser, quien vivió entre ellos durante seis años y medio. Brosius analiza con agudeza el discurso del desarrollo del Estado malasio y los puntos de conflicto entre este discurso y el de los penan mismos y el de los llamados ambientalistas del Norte (culpables de sus propias distorsiones ideológicas).

El artículo de Jane Monig Atkinson representa una perspectiva bastante diferente de concebir la ciudadanía cultural. Su ensayo histórico, influido por consideraciones teóricas del movimiento de estudios subalternos, explora el registro histórico de dos rebeliones de Sulawesi que han sido interpretadas como antiholandesas: un movimiento de resistencia encabezado

do por la realeza regional, el cual encaja fácilmente en las historias corrientes, y un movimiento milenarista de una zona de la isla más alejada de los centros urbanos, el cual resulta más difícil de definir en términos de la historiografía nacional.

Los dos últimos artículos simplemente tratan de definir hasta qué grado el papel de la población puede ser periférico al proyecto nacional. El ensayo bellamente escrito de Joel C. Kuiper, basado en gran parte en sus traducciones del discurso ritual poético, muestra las elocuentes ironías de la población local que, a lo largo de décadas, ha respondido a diferentes clases de intervenciones políticas por parte de las autoridades estatales. El artículo de Anna Lowenhaupt Tsing aborda la tesis de Anderson de que una nación es imaginada en el contexto de la referencia común de una población a los medios impresos. La autora muestra que el caso de pueblos periféricos del Borneo indonesio dista de ser así. En este caso, las funciones sociales de los medios son más difusas, y las noticias se interpretan de forma local y para propósitos locales; interpretaciones en las que a menudo se destaca la *diferencia* del proyecto nacional.

JOHN MARSTON  
*El Colegio de México*

Gavin Menzies, *1421: el año en que China descubrió el mundo*, traducción de Francisco J. Ramos Mena, Barcelona, DeBolsillo, 2003, 603 pp. ilustraciones.

### Otra vez los chinos descubren América

*A la memoria de Gustavo Vargas*

La obra aquí comentada ha conocido un gran éxito de público desde su aparición en inglés (noviembre de 2002): reseñas, cobertura mediática y traducciones a 23 lenguas, entre ellas la castellana que nos ocupa. Como la igualmente iconoclasta y discutida *Atenea negra* de Martin Bernal (1987), se presenta

como primera etapa de un proyecto más amplio, que promete allegar mayor información sobre determinados puntos en próximas ediciones. Por ahora, además del libro existe un video, una página electrónica (<http://www.1421.tv>) muy visitada, un equipo de voluntarios que sigue reclutando adherentes, el agregado de investigaciones y evidencias, reales o supuestas, y naturalmente mucha polémica.

No se excluye que el éxito sea también producto de cierta mercadotecnia,<sup>1</sup> y de todos modos sólo parcialmente resulta de la novedad del tema: el almirante chino Zheng He ya se ha convertido en héroe nacional y sus viajes de exploración en el siglo xv ya forman parte del acervo de conocimientos difundidos —una puesta al día de ellos es el bello libro de L. Levathes, *When China Ruled the Seas* (1994). El creciente papel de China, económico, estratégico y hasta cultural, no ha sido ajeno a una reescritura de su pasado, que ha llegado a suscitar alguna exageración sinocéntrica. Por otro lado, una muy larga tradición de escritos más o menos científicos se ha ocupado de las relaciones entre China y otras partes del mundo, principalmente América. Debido a ello, creo que Gavin Menzies, más que proponer un tema nuevo, ha tenido el mérito de relacionar estos viejos campos de investigación, ampliando el habitual tratamiento sobre los viajes de Zheng He por el Índico con la hipótesis de una circunnavegación del mundo en el año que suministra el título, cuando flotas chinas bajo el mando de cuatro almirantes habrían alcanzado Australia, la costa oriental africana, América y la Antártida.

Es decir que el libro nos describe hechos sobre los cuales existe documentación irrefutable (de los viajes imperiales por el Índico hasta la costa oriental africana hay menciones historiográficas y la evidencia de inscripciones y objetos hallados en excavaciones), otros muy probables (el arribo a Australia, cerca-

<sup>1</sup> Lo sugiere la reseña de Finlay citada a continuación. La noticia sobre la conferencia de Menzies en la Royal Geographical Society nos habla de editores que ya en ese momento se apersonaron, previendo, acertadamente, que el tema iba a ser muy vendible; véase John Noble Wilford, "A new theory puts Chinese fleet ahead of Columbus", *The New York Times International*, 17 de marzo de 2002, reproducido en Gustavo Vargas Martínez, *Juncos chinos en la Cola del Dragón*, México, El Caimán Alado, 2004, p. 61.

na geográficamente a China y que ha sacado a la luz intrigantes pruebas arqueológicas), otros posibles (de visitas a la costa occidental africana daría prueba el mapa japonés de Kangnido, que remontaría a un original chino de 1403, en el cual ya aparecía todo el perímetro de África), los para mí fantasiosos a la Península Antártica y por fin las muy debatidas exploraciones en América. El autor sostiene que fueron tales antecedentes, y el consiguiente mapeo, crónica y determinación de longitudes, los que permitieron los viajes de expansión portugueses y españoles, ya que tuvieron como guía una serie de noticias y mapas copiados de los originales chinos, que el viajero italiano Niccolò de' Conti trasladó a Europa desde la India.

Infinitos son los reparos que podrían hacerse a la metodología y a las conclusiones de Menzies, pero un registro exhaustivo requeriría de ciencia universal, por lo que me voy a limitar al lado americano de su propuesta. Como he señalado, existe una larga tradición de escritos sobre el tema, cuyo centro de interés ha sido Fu Sang, la tierra que alcanzó un monje budista en el año 499 d. C. (recordado por Menzies, p. 147) y que muchos han querido identificar con América. El libro que nos ocupa, en cambio, registra los viajes “inmediatamente” anteriores a las navegaciones ibéricas. Una reseña informada ha aparecido en el *Journal of World History*,<sup>2</sup> con cuyas reservas (no tanto con su acritud) estoy de acuerdo, y otras más benévolas fueron publicadas en un número de la revista *Archipiélago*, la valiosa empresa cultural de Carlos Véjar Pérez-Rubio, que me han parecido rebosantes de ideas pero me satisfacen menos en su intención crítica,<sup>3</sup> por lo cual va a continuación una reseña de las reseñas.

La primera, del filósofo Enrique Dussel, toma el pretexto de la obra para ahondar luego en sus conocidas reflexiones sobre el eurocentrismo historiográfico, en las cuales retoma planteamientos recientes que ponen en duda una datación anti-

<sup>2</sup> Robert Finlay, “How not to (re)write world history: Gavin Menzies and the Chinese discovery of America”, *Journal of World History*, vol. 15, 2004, pp. 229-242.

<sup>3</sup> Enrique Dussel, “China (1421-1800): razones para cuestionar el eurocentrismo”, *Archipiélago*, México, núm. 44, 2004, pp. 6-13, y en el mismo número, Gustavo Vargas Martínez, “1421: el año en que los chinos descubrieron América”, pp. 6-13, y Carmen Rojas Sandoval, “Los olvidos y secretos de la historia”, pp. 21-22.

gua para el comienzo de la hegemonía mundial europea: ésta no habría empezado en época remota, o inmemorial, ni en la “era de los descubrimientos”, sino a fines del siglo XVIII. Se trata, sabemos, de teorías postuladas por Andre Gunder Frank en los últimos años antes de su muerte en 2005. Las conclusiones de *1421* contribuyen a apuntalar esta datación tardía, y Dussel las recoge con entusiasmo, sólo alertando en una nota cómo “puede haber detalles a corregir, pero no le quitan su contundencia”. La más breve reseña de Carmen Sandoval, quien tuvo oportunidad de entrevistar al autor en Gran Bretaña, es más concluyente: “Si bien el esfuerzo es notable, muchos de los datos son aglutinados con ligereza y poco rigor”.

La tercera reseña en *Archipiélago* pertenece a Gustavo Vargas Martínez, y es síntesis de una obra más amplia: autor de varios estudios en torno de la cartografía de América y de los contactos de ésta con China, Gustavo fue de los primeros en dar noticia en nuestro medio de las tesis de Menzies, en su libro *Juncos chinos en la Cola del Dragón*.<sup>4</sup> Aunque en general estuvo de acuerdo, criticó algunos puntos como simplistas (en este sentido va su indicación de que los supuestos paralelos culturales entre China y Mesoamérica necesitan de análisis más maduro), ahondó en el análisis cartográfico y terminó observando tímidamente cómo “debemos admitir de antemano que sus ejemplos son frágiles, y que bien pudo tener vestigios aún más convincentes”.<sup>5</sup>

Esta última es también mi impresión. Recuerdo una vez más la obra de Martin Bernal, que me suscitó la misma mezcla de entusiasmo, por la originalidad del planteamiento, y de rechazo, ante la metodología y las conclusiones. Si catalogamos los méritos, nacen de una condición de *outsider*: Menzies, cuya vida nos resume la contratapa del libro, nació en 1937 en China y ahí vivió sus dos primeros años, sirvió luego en un submarino en la Royal Navy y recorrió las aguas en que unos siglos antes navegaron las flotas chinas. Las referencias a los museos, la lista de agradecimientos, y el hecho mismo de haber iniciado este proyecto nos hablan de un hombre inquieto, curioso, in-

<sup>4</sup> Citado en la nota 1.

<sup>5</sup> G. Vargas, *Juncos chinos...*, *op. cit.*, p. 51. Casi la misma frase aparece en su reseña de *Archipiélago*.

dagador, de excelente humor y mentalmente abierto a sus 70 años. También sospechamos de abundantes recursos, sin excluir los económicos, que le permitieron una investigación de tanto vuelo y revuelo: allegar material, visitar repositorios, pedir traducciones, escribir a las más diversas instituciones y personalidades en busca de información y realizar viajes *in situ* para comprobar algún punto. Tiene un estilo ameno, lleva bien la argumentación y suministra ilustraciones y mapas que ayudan constantemente la lectura. Algún recuento autobiográfico, declaraciones de la propia ignorancia, duda o desconcierto, las confidencias —sobre sus rezos a la Virgen pidiendo ayuda, un súbito entusiasmo o el temor a las reacciones del mundo académico— no pueden sino apelar a la benevolencia del lector y a su complicidad frente a lo que Menzies nos invita a ver como un *establishment* del conocimiento cerrado a toda innovación.

Este último punto, que también remacha Dussel, necesita matizarse. Es indudable que el circuito académico tiene sus rutinas, pero no todo es cerrazón, y los planteamientos originales, sobre todo en nuestra época, suelen ser bien recibidos por muchos. No veo la especie de conjura eurocentrista que sospecha Dussel: cuanto más, difundido prejuicio e ignorancia. Desde esta esquina, me atrevo a señalar que el mérito principal del antiguo submarinista son sus observaciones sobre corrientes marinas, ciencia náutica y navegación astronómica, o su hábil lectura de mapas, todo lo cual nos es ajeno a quienes vivimos sólo atentos a la letra impresa. Es obligatorio recordar a otro marino-historiador, Samuel Eliot Morison, quien renovó (1942) el relato tradicional sobre Cristóbal Colón y la llegada europea a América ilustrando el relato por medio de incesantes referencias a su experiencia en el mar. Claro que hay una diferencia importante: Morison poseyó la sobriedad del estudioso, al paso que nuestro autor no sólo tiene las virtudes del autodidacto, sino también sus defectos más sobresalientes. No quiero ser malo, pero su estilo a veces se acerca peligrosamente al del novelista y carece del “sentido común” historiográfico, el cual suele impedirnos vuelos de audacia creativa —tiene razón—, pero que a él no le permite conocer el punto donde conviene poner freno a la imaginación.

Podemos comprobarlo simplemente al atender al contenido de los capítulos que aquí interesan más de cerca. Las primeras páginas del libro estuvieron dedicadas a esbozar el escenario de la China Ming, y a continuación se nos había hablado extensamente de la preparación y detalles de las flotas, así como de la exploración china por el Índico y la costa africana. Todo instructivo, ameno y fundamentado. A partir de aquí se habla de “El Nuevo Mundo” reconocido por las flotas de Hong Bao, Zhou Man y Zhoy Wen, lugartenientes de Zheng He. La interpretación Fu Sang = América (que no todos aceptan) sirve para afirmar que los almirantes tenían ya un conocimiento de los sitios que iban a recorrer (pp. 147-148). Con la ayuda de mapas y punteando con referencias a corrientes marinas y parajes oceánicos, Menzies afirma que dos de los almirantes llegaron a la desembocadura del Orinoco, costearon Sudamérica y atravesaron el Estrecho de Magallanes, y luego se dirigieron hacia el Pacífico. El continente americano se retoma en el capítulo V (América meridional), parcialmente en el VI (Antártida y Australia), en el IX (La primera colonia en América), en el X (Colonias en América Central), en el XI (El Caribe), en el XII (La flota del tesoro permanece varada, donde cuenta en detalle un percance en la isla de Bimini, testigo del cual son los misteriosos restos subacuáticos hallados en ella), en el XIII (Un asentamiento en Norteamérica), parcialmente en el XIV (Expedición al Polo Norte). Los capítulos XIV y XVII relatan cómo los portugueses y Colón aprovecharon el acervo de noticias y mapas que resultó de los viajes de exploración de los chinos.

Cada título es un programa, por eso los reproduce. Los viajes chinos fueron realizados en barcos gigantescos con numerosísima tripulación, lo cual es muy cierto, y la mejor ilustración es la que incluye Louise Levathes en su libro, donde la colombina Santa María figura muy modestamente al lado de un junco chino que la cuadruplica en eslora. Menzies agrega que contaban con refinadas técnicas (por ejemplo para desalinizar el agua marina), y que no sólo realizaron visitas de reconocimiento, sino también pobladoras: había concubinas en los barcos, de modo que nacían continuamente niños y para evitar el hacinamiento no había más solución que fundar colonias en los lugares visitados (p. 329). Las pruebas que nos

ofrece de semejante periplo son múltiples: cartografía, presencia de especies vegetales y animales, semejanzas culturales, arqueología, etimologías, antiguas y misteriosas noticias. Todo ello interesante, pero como evidencia, en conjunto escasa, heterogénea o dudosa. O las tres cosas juntas.

Un lugar principal lo ocupa, repito, la cartografía. Es de Menzies la virtud de saber leer los mapas, y nos presenta algunos que dibujaron partes de América cuando los europeos aún no las habían alcanzado. Cada ejemplo es fascinante y digno de exploración, pero la exégesis que los acompaña es monocorde y simplista. Lo comprobamos en el caso del mapa otomano de Piri Reis, elaborado en 1511 y que presenta detalles de la geografía americana entonces desconocidos en Europa; tal mapa ha sido objeto de polémica e interpretaciones de historia-ficción. Un paso más en el vacío es el de Menzies al interpretarlo como una copia de los mapas chinos resultantes de las navegaciones de 1421. Los animales que adornan las tierras dibujadas por Piri Reis dan lugar a nuevas hipótesis sobre la fauna recogida en tierras patagónicas por los asiáticos visitantes, y estas hipótesis llevan a otras más alocadas acerca del traslado de dichos animales a Australia. El mismo origen asigna al controvertido mapa de Vinland (sobre el cual hay una discusión igualmente acalorada, y la opinión más difundida es que se trata de una falsificación): Menzies resuelve que los nombres fantasiosos que aparecen en ese mapa se deben a que su dibujante escandinavo no podía entender los ideogramas del original chino que tenía a la vista. Las cartas de Waldseemüller de 1507, que dan cuenta detallada de la costa del Pacífico norte antes de que el español Hernando de Alarcón la explorara en 1540, o los mapas de Pizzigano de 1424 y de Cantino de 1502, dedicados al Atlántico, sufren el mismo tipo de exégesis: siempre que se señalan tierras que los europeos no conocían en el año de su trazado, se trata de un plagio de las cartas chinas.

En otras ocasiones se toman como prueba especies vegetales y animales presentes en las dos orillas del Pacífico. La elucidación de esta ubicuidad ha ameritado investigación y algunas comprobaciones nos parecen atractivas: los gallináceos de la variedad asiática, y no europea, que en América se distinguen por su canto peculiar, sus huevos azulados y sus nombres —los

cuales pueden aproximarse a los nombres hindi y japonés—eran utilizados, en China y América igualmente, para la adivinación y no para la alimentación (p. 158); de la presencia de maíz americano hay testimonios tempranos en Asia oriental. Otros ejemplos son la especie *Rosa laevigata*, originaria de China y que se encuentra en California, y el amaranto americano hallado en el Pacífico occidental. También se nos informa que los chinos habrían alcanzado las islas Malvinas para fijar la latitud, y de su estadía habrían quedado abandonados unos perros, cuyo cruzamiento con zorros locales explicaría algunas características físicas de la fauna malvinera (p. 172). Todas estas presencias han dado origen desde hace mucho a interpretaciones más o menos serias: me temo que a esta última variedad pertenece la conclusión “inevitable” de nuestro autor: las expediciones chinas de 1421 explican los traslados en ambas direcciones.

Se mencionan restos de naufragios de juncos; anclas medievales chinas halladas en la costa de California; la abundante cerámica exhibida en los museos y que Menzies no piensa que fuera llevada en época colonial sino antes; las intrigantes ruinas de Bimini; una misteriosa torre de observación en Rhode Island, identificada con un faro chino; la roca de Dighton; petroglifos, y objetos de apariencia china provenientes de los más diversos sitios. También aquí se codean testimonios de indudable importancia con otros muy dudosos, hallazgos sin ningún control y objetos a los que no es posible asignar fecha alguna, y en ocasiones tampoco origen geográfico cierto. En cuanto a las inscripciones, para Menzies todo rasguño sobre alguna piedra (o la simple noticia de haber sido visto en el pasado algún rasguño similar) puede ser revelador de una escritura asiática (no necesariamente china, porque alega que otras etnias acompañaban a los chinos); los individuos entunicados del lienzo de Jucutácato, obra indígena de Michoacán, para él no pueden ser sino los viajeros del Celeste Imperio (p. 268).

Con similar soltura procede por el terreno de las semejanzas culturales y físicas, terreno resbaladizo, transitado con diversa prudencia desde hace siglos por los más diversos autores: Menzies se refiere a la metalurgia, la alfarería, las técnicas de adivinación, la laca, a palabras sueltas, al ADN de algunas tribus

de Venezuela, a vagas menciones de objetos en Bernal Díaz o Sahagún que “parecerían llevar la característica impronta china” (si hay una impronta aquí, es más bien la de este estilo de escritura). Junto a algunas observaciones técnicas valiosas notamos sumo desparpajo; por ejemplo, la impresión del notable sinólogo Joseph Needham sobre las semejanzas que advirtió entre el centro de México y China es ampliada aquí generosamente: desde México hasta el centro del Perú, “uno podría creer fácilmente que está en China: tan similar es la atmósfera, tan familiar el bullicio, tan evocador el canto del gallo por las mañanas, tan parecida la gente” (p. 270). Pasan los siglos pero el europeo sigue creyendo en la identidad de todo lo que no es propio: incluso alguien tan empeñado en destruir los mitos básicos del relato eurocéntrico.

Testimonios escritos de diversa fuente y valor complementan el aparato de pruebas: la oscura noticia decimonónica acerca de una antiquísima colonia de chinos cerca de Sacramento y la sospecha de que ellos habrían introducido el arroz en California. La hospitalidad hacia los portugueses demostrada por los indios wampanoag de Massachussets, que probablemente habían mostrado igual hospitalidad hacia los chinos anteriormente. Se pueden interpretar unas líneas de Magallanes como indicadores de que el navegante portugués ya tenía noticia del estrecho al que dio nombre. Hay recuerdos recogidos en el Pacífico por el viajero italiano Ludovico di Varthema, que significan agua para este incesante molinero sinocéntrico, quien por otro lado menciona fuentes chinas en traducción porque su bibliografía —rica y sugerente— es abrumadoramente en inglés.

Aparecen también piruetas etimológicas de los nombres de las islas del Caribe (esp. pp. 418 y ss.); reconstrucciones muy fantasiosas de lo que pudo haber ocurrido, por ejemplo la reacción de los chinos ante los caníbales caribeños. Todo nos confirma en la temeridad de la argumentación, a veces acompañada de una retórica poco honesta: el recurso al potencial, al “no cabe duda”, la mención constante de “pruebas”, “firmes evidencias”, “la explicación más plausible” (que sinceramente no veo). El submarinista insiste en la desaparición de documentos y nos invita a imaginar y a sacar conclusiones más allá de lo que su argumentación toleraría. Y no vacila en hacernos

pensar que las tormentas del Atlántico sur hacen difícil que se encuentren los restos de barcos chinos ahí hundidos (p. 157).

Y no sigo, porque el ataque es extremadamente fácil, tanto que haría dudar de la utilidad de una reseña. Creo sin embargo que es provechoso rescatar algunas ideas de fondo: nuestra comprensión de la historia es profundamente eurocentrista, y en el caso de la historia de América el interés se ha dirigido casi exclusivamente a la investigación de nuestras relaciones con Europa, con la implícita conclusión de que fuera de éstas América no ha conocido otra relación extracontinental. Quienes nos esforzamos en construir un modelo no eurocéntrico de la historia mundial, conocemos la necesidad de explorar otras formas de contacto. No de efectuar una simple reversión del esquema hasta ahora tan repetido: hubo una humanidad privilegiada que “descubrió” a las demás. En vez de proponer a los europeos como héroes centrales, Menzies (no es el único) quiere sustituirlos por los chinos, aunque sobre el mismo pedestal. A despecho de las insinuaciones malévolas que he comentado antes, una parte del mundo académico, por lo menos muchos conocidos míos, están cada vez más abiertos a propuestas iconoclastas. Claro que existen procedimientos a respetar. Quizás lo importante para mi vida hayan sido las horas de placer, interés y simpatía transcurridas con este libro en la mano. Pero la ciencia histórica hubiera preferido que lo cerrara con mayor convencimiento.

HERNÁN G. H. TABOADA  
CCYDEL, UNAM